



# Personajes Jahencianos

## Melchor de Soria y Vera

Felipe Serrano Estrella (Profesor Titular de la Universidad de Jaén)



En 1618 tenía lugar la última fundación femenina de clausura realizada en la capital diocesana, el monasterio de la Concepción Francisca, popularmente conocido como de “las Bernardas”, aunque de clarísimas sujetas al obispo. Con él se ofrecía “un puerto seguro en tiempos de tribulación” a un buen número de mujeres que, por falta de medios, no podían acceder al matrimonio o a otras clausuras con dotes más elevadas. Este monasterio materializaba la voluntad de fundar de un ilustre giennense, bautizado en la parroquia del Sagrario, Melchor de Soria y Vera (1558-1643).

Don Melchor era el segundo de los nueve hijos del tesorero real Rodrigo de Soria y Vera, miembro de una extensa familia hidalga procedente de Renieblas (Soria), y de Leonor Díaz Manrique. Tres de los hermanos de don Melchor estuvieron estrecha-

mente unidos al poder municipal, el mayor, Juan, fue veinticuatro de Jaén; Gaspar ocupó el oficio de alguacil mayor y Pedro el de escribano mayor de la Ciudad. Otros tres hermanos pertenecieron a la orden franciscana, de la que don Melchor fue tercero; nos referimos a fray Antonio de Soria y Vera, que fue guardián del convento de San Francisco, sor Francisca y sor Isabel, monjas en el Real de Santa Clara, lugar donde la familia tenía su enterramiento. A ellos se sumaban Baltasar y Tomás, este último doctor en leyes.

Melchor de Soria y Vera se formó en las universidades de Baeza y Alcalá. En la primera obtuvo el grado de bachiller en Artes y Filosofía (1572) y en la segunda el título de maestro (1574) y el de bachiller en Teología (1579). En esta última disciplina acabaría doctorándose en 1586 y desde 1579 impartía clases en la universidad de Baeza. En

1582 fue ordenado sacerdote en Villanueva de la Reina por el obispo Francisco Sarmiento (1580-1595). Sus cargos pastorales se desarrollaron principalmente en la capital diocesana, aunque también comenzó como prior de Villardompardo. Más tarde, obtuvo un beneficio en la parroquia de San Pedro, el priorato de San Miguel y en 1593, con 35 años, el de la nada despreciable parroquia de San Ildefonso. Como haría en el resto de oficios desempeñados a lo largo de su vida, en estos lugares plasmó su interés por la promoción de las artes, especialmente en la última parroquia y, concretamente, en relación con la Virgen de la Capilla, a la que siempre profesó gran devoción, como su brayara Antonio Becerra en su *Memorial* de 1639.

Estas empresas y su acción pastoral le convirtieron en un clérigo destacado en la diócesis giennense, de ahí que con la promoción a Toledo del, por entonces, obispo de Jaén, Bernardo de Sandoval y Rojas (1596-1599/1599-1618), este lo llevara consigo a su nuevo destino. De inmediato, fue nombrado rector del hospital de la Virgen en el Puente del Arzobispo, en 1602 don Bernardo lo consagró obispo, y actuó como uno de sus auxiliares con el título de Troya, oficio que desempeñó también con los sucesores de Sandoval. Poco tiempo después fue nombrado visitador de la archidiócesis primada, tanto de sus vastos territorios peninsulares como también en Orán y Mazalquivir, donde igualmente se mostró como promotor de las artes. Con la muerte de don Bernardo en 1618, el cabildo municipal de Jaén escribió a Felipe III para recomendar la promoción de don Melchor como titular de alguna diócesis española, no obstante, siguió como auxiliar de Toledo hasta su muerte en 1643 y buena parte de este tiempo lo hizo al servicio del Cardenal-Infante (1619-1641).

Pese a su traslado a Toledo, Soria y Vera mantuvo una es-

trecha relación con Jaén. Su ascenso en la carrera eclesiástica y su austeridad en el vivir le permitieron crear una importante hacienda con la que materializó su deseo de legar a su ciudad natal una buena obra en la que invertiría más de 40.000 ducados. En un primer momento pensó en un pósito de trigo, institución de la que conocía bien su funcionamiento y los beneficios que podía reportar, tal y como plasmó en su *Tratado de la justificación y conveniencia de la tasa del pan* (1627, reeditada en 1633), en la que se mostraba defensor de mantener una tasa fija para evitar el encarecimiento de un producto básico como el trigo. Finalmente, cambió sus planes y emprendió la fundación de un monasterio de monjas, primero pensando en bernardas recoletas —al igual que Bernardo de Sandoval había realizado en Alcalá de Henares (1613)—, para más tarde, y debido a una serie de contratiempos y otros factores, decantarse por franciscanas, orden a la que estaba muy unido. Asimismo, creó un patronato que velaría por el buen funcionamiento de la institución en el que estaban implicados, además de sus familiares, los cabildos secular y eclesiástico y que garantizaba plazas sin dote a propuesta de los patronos.

El proyecto se presentó el 20 de agosto de 1618 ante la Ciudad, en plena sede vacante por muerte del obispo Martínez de Ceniceros y, rápidamente, se denominó *Bernardas* a la calle que desembocaba en el lugar elegido para fundar, mientras que la actual Chinchilla se conocía como la del *Obispo de Troya* por haber residido en ella. Además de su impacto social y religioso, el monasterio supuso un viraje para una zona deprimida de la ciudad y reforzó el papel de la recién creada Alameda, referente para la ciudad barroca.

El proyecto encontró algunos contratiempos en sus



primeros años, como el establecimiento de los capuchinos en la ermita de Santa Quiteria, lo que estuvo a punto de hacerlo fracasar. Superado el escollo, se retomó la obra con las trazas enviadas desde Toledo, seguramente de la mano de Juan Bautista Monegro (1541-1621), y en su construcción intervinieron maestros giennenses como Juan de Aranda (ca.1600-1654). El resultado fue la obra más bien acabada de *las instrucciones del cardenal Borromeo* (1577). El fundador dotó ampliamente a la nueva institución y suministró el ajuar y ornamentos necesarios. Desde Toledo envió un buen número de obras, como la Inmaculada que preside el retablo mayor, al tiempo que consiguió implicar al pintor italiano Angelo Nardi (1584-1665), al que creemos que también encargó su retrato, y a maestros locales como Juan de Landeras o Gil Fernández, autor, este último, del retablo mayor.

El 5 de enero de 1627 llegó la primera comunidad, compuesta de clarisas de la reforma de Santa Coleta procedentes del monasterio de Valdemoro, fundación del duque de Lerma, a las que se sumó sor Francisca de Soria y Vera, procedente de Santa Clara y otra religiosa del también giennense cenobio de Santa Ana. El 15 de marzo de 1629 el propio don Melchor bendeció el nuevo templo.



Melchor de Soria y Vera atribuido a Angelo Nardi. Arriba: *Tratado de la justificación y conveniencia de la tasa del pan* (1627)